

Que á detener el paso le obligaba.  
 Su noble aspecto cada cual admira,  
 Y mientras al gozo que su triunfo inspira  
 El pueblo con estrépito se entrega,  
 A las puertas del Cairo Astolfo llega.

No era entónces el Cairo  
 Lo que ha llegado á ser en nuestros dias.  
 Diez y ocho mil crujiás  
 De casas de tres pisos suficientes  
 No son para albergar á tantas gentes,  
 Que en el suelo y al raso muchas dellas  
 Duermen al resplandor de las estrellas.  
 En el palacio do el sultan habita  
 Magnificencia insólita, inaudita,  
 Reina por donde quier. So el mismo techo  
 Vense allí reunidos  
 Quince mil renegados sus vasallos,  
 Y entre ellos confundidos  
 Sus mujeres, sus hijos, sus caballos.

Desde el Cairo á Damietta marcha Astolfo  
 A ver por cuantas bocas  
 Se arroja el Nilo en el salobre golfo,  
 Y decir oye allí que en una torre  
 Vive un feroz ladron que la comarca,  
 Haciendo daño á cuantos ve, recorre.  
 « Vano es, » le dicen, « resistir; mas vano  
 « Es aun el tratar de darle muerte,  
 « Que de cien mil heridas,  
 « De los mas fuertes brazos recibidas,  
 « Siempre sanó por prodigiosa suerte. »

De quitarle la vida  
 Ansioso, Astolfo en busca va de Orrilo;  
 Llega á Damietta, y traspasando el Nilo,  
 La torre ve que sirve de guarida  
 A este aborto de mágica y de duende  
 Que á cuantos halla impunemente ofende.  
 Allí, con él Astolfo á dos guerreros  
 Mira empeñados en terrible lucha.



Combate de Grifon y Aquilante contra Orrilo. (T. I. p. 253.)

En vano espada ducha  
Vibran contra él los fuertes caballeros.  
Hijos los dos del célebre Oliveros,  
En valor y en esfuerzo no le ceden;  
Mas poco ó nada en esta lucha pueden.

De Orrilo al lado, vese en la ribera  
Una disforme fiera,  
Cuyo solo alimento son los cuerpos  
De náufragos marinos  
Y de desorientados peregrinos.

Muerto bien pronto extienden en la arena  
Al vampiro inhumano,  
Sin que por eso el fin de su faena  
Viesen llegar el uno y otro hermauo.  
En vano uno amenaza; el otro en vano  
Ataca y hiere con furor á Orrilo;  
Que sus miembros cogiendo este tranquilo,  
Los pega y amalgama  
Cual azogue que en gotas se derrama.

La monstruosa cabeza hasta los dientes  
Ora hiende Grifon; ora Aquilante  
Divide en dos el pecho del gigante.  
Sus golpes impotentes  
La risa de este excitan  
Y de los héroes el furor. Si al suelo  
Su cabeza derriban, en su busca  
Orrilo va, y agora por el pelo,  
Por la nariz agora, á asirla llega  
Y extrañamente al cuello se la pega.  
Tal vez Grifon la coge,  
Y, si sucede que de sí la arroje  
Largo trecho en el rio, en él se lanza  
Orrilo, la recoge  
Y á la lid vuelve intacto y sin tardanza.  
Vestidas con primor y con decencia,  
Una de blanco, otra de negro, estaban  
Viendo la lid dos jóvenes hermosas,  
Causa de aquella desigual pendencia.

Eran estas las magas bondadosas  
Que, en sus mas tiernos años,  
A Gismunda sus hijos sustrajeron  
Y que á climas extraños  
Los condujeron, por salvar sus dias  
Del terrible furor de dos arpías.

Mas inútil contar es esta historia,  
A todos hoy notoria;  
Bien que es cosa que asombre  
Que su autor, al hablar de estos guerreros,  
Equivocara de su padre el nombre.

A instancias ambos de las dos doncellas  
La lucha sostenian.  
Del sol las luces bellas  
Hácia el remoto Ocaso descendian,  
Cuando, viendo las damas que á su asilo  
El paso ya va dirigiendo Orrilo,  
Ordenan á sus jóvenes contrarios  
Deponer los aceros sanguinarios.

Por sus armas y enseña, y sobre todo  
Por su presencia intrépida y gallarda,  
El duque Astolfo en conocer no tarda  
A Aquilante y Grifon. Del mismo modo  
Ellos reconociéndole, van presto  
A saludarle con afable gesto.

A un palacio vecino  
De aquel paraje á reposarse luego  
Las magas á los jóvenes convidan.  
Con encendidas hachas al camino  
Salen pajes y damas á enconrallos.  
Danles ellas sus armas y caballos,  
Y entrando en un verjel, suntuosa cena  
Dispuesta advierten junto á fuente amena.

Con sólida cadena á grueso encino  
Los héroes al feróz Caligorante  
Atan, y diez satélites le ponen  
Que soltarse le vedan, miéntras ellos  
Al placer ó al descanso se abandonen.

De este banquete fueron  
El deleite menor las ricas viandas  
Que sin cesar las mesas oprimieron.  
De las artes infandas  
De Orrilo hablóse, y nadie concebía  
Como, cortado un brazo ó la cabeza,  
A su tronco lo unía  
Y tornaba á la lid con mas fiereza.

Bien en su libro Astolfo vió que á Orrilo  
La vida solo arrebatara podía  
Un cabello cortando de que el hilo  
De su infame existencia dependía;  
Mas ¿cómo conocello,  
Entre tanto cabello, ese cabello?  
No esperaba por esto menor palma  
El paladin, que un título de gloria  
Ve en arrancar al vil gigante el alma;  
Mas aspirar no quiere á esta victoria  
Sin que ántes lo consientan  
Los hijos de Oliveros, que, dispuestos  
A combatir, en esto, se presentan.

Del bravo Astolfo aquestos  
Acceden á las súplicas fervientes,  
Bien que uno y otro opinen que impotentes  
Sus esfuerzos serán, si no funestos.

En el cielo la aurora aparecía  
Cuando, de férrea y gruesa maza armado,  
Se presenta el malvado.  
A sus golpes el duque resistía,  
Y el momento aguardaba  
De darle muerte. El puño con la maza  
Astolfo le derriba, ó bien el brazo  
Le corta, ó le atraviesa la coraza,  
O pedazo á pedazo  
Hace saltar sus miembros, que en el punto  
Recoge Orrilo, y sano  
Vuelve á mostrarse al paladin britano.  
Lleno el duque de cólera y de asombro,

Una vez y cien veces arremete  
Al gigante feroz, y encima al hombro  
Con tan tremendo golpe al fin le alcanza,  
Que al suelo, por aquí su capacete,  
Y allá á lo léjos su cabeza lanza.

Mas que Orrilo lijero,  
Del arzon salta entónces el guerrero,  
Recoge la cabeza,  
Vuelve á montar y corre con presteza  
Hácia el borde del Nilo  
Porque alcanzarle no consiga Orrilo.

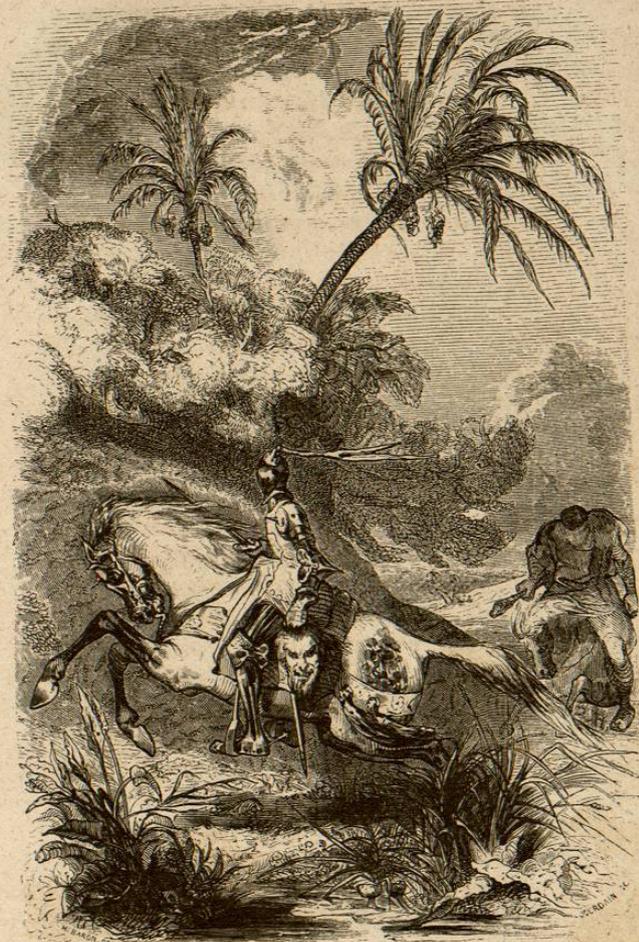
Miéntas aqueste su cabeza en vano  
Busca, de Rabicano  
Oye sonar los pasos por la selva.  
Inquieto, entonce en su caballo salta  
Y va á gritar al paladin que vuelva,  
Cuando la lengua nota que le falta.

En medio de su mal, aun se consuela  
Al ver que no le faltan los talones;  
Mas por llegar en vano se desvela  
Al que montado en Rabicano vuela.

Impaciente el inglés busca entretanto  
Si, entre cabello tanto,  
Hallar puede el fatal; pero importuno  
Es su férvido afan, no ve ninguno  
Que de otro en lo mas mínimo difiera:  
« Cortarlos todos, dice, es lo que importa. »  
Y, á falta de navaja y de tijera,  
Por la nariz cogiendo la cabeza  
Todo el cabello con su espada corta.

Cortado entonce el que inmortal le hacia,  
Muda Orrilo el color, la vista impía  
Tuerce; muestra por signos manifiestos  
Que sus instantes últimos son estos,  
Y, de la muerte por la helada mano  
Tocado, viene del arzon al llano.

Presto, tornando Astolfo hácia las damas  
Y hácia los dos guerreros, en su diestra



Astolfo se huye llevándose la cabeza de Orrilo. (T. I, p. 256.)

La cabeza les muestra,  
Y ver luego les hace  
De Orrilo el busto, que por tierra yace.  
Al verle vencedor corteses ambos  
Los hijos de Oliveros le acogieron,  
Bien que yo tengo para mí que entrambos  
No sin envidia su victoria vieron.

Tampoco en ella creo  
Se gozaran las damas. Su deseo,  
Esta lid provocando,  
Era solo ocupar á los dos héroes  
Y preservarlos del destino infando  
Que la suerte proterva,  
Si á Francia van, en breve les reserva.

Apénas el alcaide de Damietta  
La nueva recibió del fin de Orrilo,  
La paloma soltó que, con un hilo  
Llevando al ala su mision sujeta,  
Al Cairo va; de allí, segun usanza,  
Con la noticia mas allá se lanza  
Otra despues, de modo  
Que en breves horas todo Egipto supo  
La triste suerte que al gigante cupo.

Dada á esta empresa cima,  
Hácia los hijos de Oliveros viene  
El duque y sus espíritus anima.  
Ellos, cuyo recreo  
La lid fué siempre, abrásanse en deseo  
De partir hácia Oriente  
A dar amparo á la cristiana gente.

De las magas, que lloran su partida,  
Despidense en seguida, conviniendo  
En partir con el duque hácia el paraje  
Adonde, entre carne mortal hecho hombre, vino  
Todo un Dios á sufrir sangriento ultraje;  
Y así, juntos los tres toman la via  
Que por la diestra á Palestina guia:  
Ruta que, bien que es árida y cansada,

A la de mar prefieren,  
 Pues por llegar á la ciudad sagrada,  
 Adonde entrar en breve les importa,  
 De seis jornadas su camino acorta.

Agua tan solo y yerbas ofreciendo  
 Este camino incómodo y salvaje,  
 Fuerza fué sobre el lomo del gigante  
 Cargar lo necesario para el viaje.  
 De este modo marcharon  
 Grifon, el duque Astolfo y Aquilante,  
 Y, al cabo de unos días, desde un cerro  
 La tierra vieron do el Amor divino  
 Del primer hombre el yerro  
 A redimir sobre el Calvario vino.

En la ciudad los paladines entran,  
 Y á sus puertas se encuentran  
 Con un guerrero á quien los tres conocen.  
 Era este Sansoneto de la Meca,  
 Jóven sabio y audaz cuanto prudente;  
 Temido cuanto amado de su gente,  
 Del verdadero Dios Orlando mismo  
 La fe le dió en las ondas del bautismo.  
 Por el francés emperador nombrado,  
 Poco ha, gobernador de Palestina,  
 Sansoneto ocupado  
 Estaba en construir una cortina  
 Que del furor del musulman monarca  
 Preserve su comarca.  
 Con mil muestras de amor y de respeto  
 Y con alegre rostro Sansoneto  
 A los héroes acoge;  
 Por la ciudad los acompaña, y manda  
 Que en su régia mansion se los aloje.  
 Agradecido Astolfo, le regala  
 Las redes y el gigante, cuya fuerza  
 A la de diez acémilas iguala.  
 Al noble duque, en cambio,  
 Da Sansoneto un cinturón precioso,

Y dos espuelas de oro que la fama  
 Dice calzara el jóven animoso  
 Que de fiero dragon salvó á su dama,  
 Despojo que con otros de valía  
 Sansoneto ganó rindiendo á Zafa.  
 Despues de confesarse, á una abadía  
 Que respiraba olor de buen ejemplo  
 Los guerreros se van. De templo en templo,  
 Llenos de fe, de la pasión de Cristo  
 Pónense á contemplar cada misterio,  
 Y á pensar cuanto oprobio y vituperio  
 Sobre la Europa pesa,  
 Que, mientras en tanta temeraria empresa  
 El fiero hierro sin descanso agita,  
 No piensa en acorrer el Santo Imperio,  
 Donde su apoyo mas se necesita.

En tanto que á estas prácticas devotas  
 Entregados se hallaban los guerreros,  
 Al uno de los hijos de Oliveros  
 Un mensajero que de Grecia vino  
 Nueva trajo fatal que, de repente  
 A sus ideas dando otro camino,  
 Lanza, en vez del divino,  
 Impúdicos afectos en su mente.

Amaba el buen Grifon, por su desgracia,  
 A una dama del nombre de Origile.  
 Unida á tanta gracia  
 Tanta beldad no es cosa que se estile;  
 Mas tampoco se estila tal falacia,  
 Perfidia tan profunda  
 En cuanta tierra el ancho mar circunda.  
 Por una aguda fiebre devorada  
 En la ciudad de Constantino habia  
 Dejádola Grifon, y al lado della  
 Ufano á retornar se disponia,  
 Cuando del griego supo que la ingrata,  
 A quien triste, en edad tan fresca y bella,  
 Pasar sola las noches parecia,

Con un nuevo galan se iba á Antioquia.

Desde que supo esta terrible nueva,  
Grifon un áspid en su pecho lleva,  
Atórméntale amor, y su tormento,  
Que la vergüenza á devorar le obliga,  
No pudiendo estallar, no se mitiga.

Mas cauto que él mil veces, Aquilante  
Reprobó su pasion; mas siempre en vano  
Alucinado amante,  
Grifon la voz desoye de su hermano,  
Y en su error mas y mas se precipita.  
Por esto, solo, y sin hablar á nadie  
Del designio que su ánimo medita,  
A partir se dispone sin tardanza  
Tras de la infiel en busca de venganza.  
En otro canto digo como á efecto  
Lleva el triste Grifon este proyecto.

### CANTO XVI.

Topa Grifon con su querida en el camino de Damasco. — Cálmale ella y condúcele á la ciudad. — Prosigue el asalto de Paris. — Prodigiosas hazañas de Rodomonte. — Llega Reinaldo con las tropas britanas á las orillas del Sena. — Batalla. — Preséntase á Carlomagno un escudero que le refiere los estragos que en Paris está haciendo Rodomonte.

Muchas y graves penas  
Hace sufrir amor. En sus cadenas  
Yo casi eternamente aprisionado,  
Puedo, experimentado,  
Mejor que nadie hablar de la ventura  
Y pintár los tormentos que procura.  
No es tan triste la suerte  
(Lo digo y lo diré miétras que viva)  
De aquel que, amando, advierte  
Que honesta la beldad su afecto esquivo.  
Si esta esquivez de galardón le priva